

tocante al *derecho ó doctrina* no á los gruesos volúmenes de nuestros Controversistas, que tantas veces han disipado victoriosamente todas esas ridículas invectivas sobre el Culto de los Santos, de las Reliquias y de las Imágenes, sino á la sencilla *Exposición de la doctrina católica*, que hizo el gran Obispo Bossuet sobre estas materias ¹, suficiente á llenar de confusión á todo hereje que tenga sentimientos de honor. Baste pues lo dicho hasta aquí para la justa vindicación de la Religión católica, y confutación de la violenta Carta del historiador Ciceroniano contra nuestro culto y nuestros ritos.

CAPÍTULO VII.

Refútanse otras nuevas críticas de los Incredulos.

1. *Las invectivas de los impíos contra los Ministros de la Religión son sin fundamento, y se desvanecen por sí mismas.*

Concludá ya la digresion con que en el capítulo anterior hemos rebatido los dicerios del célebre protestante inglés Middleton, que creemos no habrá sido inútil ni desagradable á los lectores, volvamos á nuestra primera controversia con los Naturalistas; y de sus invectivas contra los Ritos de la Iglesia, pasemos á examinar las que prodigan contra sus *Ministros* y los *Monjes ó Regulares*. Este es hoy uno de los mas frecuentes objetos de sus sátiras, así en los libros como en las conversaciones. Ningun siglo presenta ejemplar mas espantoso de una envidia tan general. Pero puntualmente así debía suceder. El odio contra la Religión necesariamente induce á aborrecer á los que de un modo especial la profesan, practican y defienden. Así pues, como no ha habido siglo mas

¹ Es notorio á los eruditos el grande efecto que produjo entre los protestantes esta obra de Bossuet, aplaudida en toda la Iglesia.

fecundo de incrédulos é impíos, en ningun siglo debian tener mas enemigos los Ministros de la Religión. Mas como la aversion de todos ellos á la Religión de Jesucristo no oscurece en nada su verdad, así sus argumentos para acabar con sus Ministros y los Monjes, y todo el Estado Regular, nada prueban sino el extravío y delirio de su razon. Tomemos sino las cosas de raíz, y examinémoslas en sus principios. De una vez: ó se quiere ó no que haya Religión. Dígase claramente la verdad. Mas si se admite en el mundo Religión, y en el estado Religión cristiana, forzoso es haya personas que se ocupen en el culto divino, que enseñen los dogmas á los ignorantes, administren los sacramentos á los fieles, persuadan el cumplimiento de sus obligaciones á los extraviados, y defiendan la verdad contra los que yerran y la impugnan. La naturaleza de las cosas, y las leyes de la misma Religión, así lo exigen. ¿Ni quién lo puede dudar? Admitida, pues, la Religión, por una consecuencia necesaria está demostrada la necesidad de los Ministros. — Demos un paso mas. Por derecho natural á los que empleados en el bien comun de la sociedad debe esta ministrarles el mantenimiento conveniente. Este es un derecho, en virtud del cual se conceden estipendios y honores á las varias clases de personas empleadas en servicio de la sociedad. Ahora bien, los Ministros de la Religión por su carácter se han consagrado al mayor, al máximo bien de la sociedad cristiana: luego por derecho natural les deben los pueblos, juntamente con los honores y obsequios, lo necesario para su sustentacion conveniente ¹. ¿A qué son pues, ni qué pretenden los libertinos con todos sus sarcasmos y dicerios contra los Ministros de la Religión y Rentas de la Iglesia? Aquellos y estas son consecuencias necesarias de la Religión cristiana ². Si esta fuese falsa, entonces sus Ministros, lo

¹ Véase á santo Tomás, 2, 2, q. 87, art. 1.

² Ó dígase que no se quiere Religión, ó fuerza es que haya Ministros de ella. Y como estos no son puros espíritus, sino que necesitan sustentarse, no permitiéndoles las ocupaciones de su ministerio, por el que están consagrados al bien público, emplearse en el de su utilidad particular, de necesidad y justicia es que aquellos por cuyo servicio se emplean, retribuyan para su conservacion. *Quis*

confesamos, serian perjudiciales á la sociedad, y los es-
pendios que les están asignados ni serian razonables ni
justos. Pero si la Religion es verdadera, los Ministros
son necesarios, y las rentas son debidas; este es el punto
céntrico de la controversia. Ahora bien: la verdad de la
Religion cristiana está demostrada hásta la evidencia, y
con una evidencia superior á toda excepcion, en térmi-
nos que los Naturalistas moderados ya se afrentan de
atacarla á cara descubierta: luego todas las declama-
ciones esparcidas en los libros, ó que cada dia esparcen
en sus conversaciones contra los sagrados Ministros, y el
gravámen que dolosa y fingidamente dicen redundar sobre
la sociedad, sólo pueden ser efecto y frutos de una filo-
sofia no solo injusta sino necia, y que no indica otra cosa
sino el delirio y su perversidad.

II. *Cuán injustas son las sátiras venenosas contra el Es-
tado monástico. Confútanse las paradojas del autor
del Espíritu de las Leyes*¹.

Lo mismo debemos decir tambien de la profesion reli-
giosa. Esta consiste en la exacta observancia de la
moral del Evangelio, emprendida por la mayor gloria de
Dios y más asegurar la eterna salvacion del alma, que
es inmortal. Por eso no siendo fácil esta observancia

militavit stipendiis suis unquam? Digno es el operario de su ga-
lardon: ¿solo los Ministros de la Iglesia no lo serán? Dáremos á su
tiempo un solidísimo Opúsculo sobre esto, donde geométricamente
y por axiomas se prueba hasta la evidencia esta verdad.

¹ Sobre el autor del *Espíritu de las Leyes* puede verse el t. 1.
pág. 329: ahora nos contentaremos con recordar la observacion
de D'Alembert, á saber: que Montesquieu cubrió en esta obra
con un velo trasparente verdades importantes, que no fueron
perdidas para los sabios. » Mercier, que no debe ser sospe-
choso á los filósofos y publicistas del día, hace la misma confesion
en el elogio de aquel Presidente: « No hay, decia, en toda esta
» obra más que una idea fina y delicadamente encubierta. Prueba
» que la Nacion debe gobernarse á sí misma; pero disimula todas
» las consecuencias de este gran principio. Si fué oscuro en mu-
» chas partes, es porque quiso serlo; y porque conocia que vendrian
» después almas hechas para penetrarse bien de ellas. »

de la doctrina evangélica entre el tumulto y escándalos
de que abunda el mundo; en otro tiempo el que se
sentia encendido en el deseo de semejante tenor de
vida, abandonando todo otro pensamiento y el cuidado
de las cosas terrenas, se retiraba á sitios solitarios
para dedicarse allí enteramente al estudio y á la prác-
tica de esta celestial filosofia, la cuál, por confesion
del autor de las *Cartas judías*, parece (y lo es en efecto)
*dictada por la boca del mismo Dios, sus preceptos mo-
rales se aventajan infinitamente á los de los mas sabios
filósofos de la antigüedad*¹. Y bien, ¿qué hay en este
modo de vivir que sea digno de censura? El autor del
Espíritu de las leyes, que pretende descubrir en la di-
versidad de los climas no solamente las causas de las
producciones físicas, sino tambien las de los sucesos
de la Religion y de la práctica de la moral, dice²: *que
el Monaquismo nació en los países cálidos del Oriente,
donde es mejor la inclinación á la vida activa, que á la
contemplativa*. Otro hubiera dicho que el Monaquismo
nació en los países donde habia nacido el Evangelio;
mas esta razon, como demasiadamente obvia, no pare-
ció suficiente á quien solo buscaba la singularidad, y en
la singularidad fundamentó sobre que formar su cen-
sura. Y así discurre acerca de los Regulares como pu-
diera del clavo ó la canela que se cría en las Indias,
por el calor del clima³. Pero el hecho es, que así como
la Religion cristiana se ha dilatado por todos los climas;
así la profesion monástica ó religiosa se ha establecido
y propagado igualmente en todos países. ¿Cuántos es-
cuadrones de Monjes no han poblado los desiertos no
solamente de la Italia y de la Francia, sino tambien de
las Islas del helado Septentrion⁴? ¿Quién hay que lo

¹ *Loco citato*. — 2 Lib. 14, cap. 7.

³ Este caprichoso pensamiento agradó tambien á Mosem, de
modo que para resucitar la observancia en los Monjes, bastaria eu-
viarles á la Zona Tórrida. *Dicite io Pwan*.

⁴ Vuélvase solo los ojos á la Inglaterra. ¿Cuándo fué isla de
Santos sino cuando estuvo poblada de Monjes? ¿ni cuándo inte-
rior y sólidamente mas rica, mas sabia, mas feliz? No se nos hable
de sus escuadras ni de su comercio: ¿qué sirven los grandiosos
navios, que corren hasta la India, á los infelices habitantes de sus

ignore? Pero mas extraño todavía es que este autor hable en los mismos términos del origen y profesion de los *Monjes*, por cuyo nombre se entienden los que observan la mas pura moral del evangelio; que de los *Dervises*, es decir, de ciertos fanáticos mahometanos. ¿Podia este famoso jurisconsulto ignorar la diversidad del código que siguen unos y otros? Si el Evangelio es divino, como lo es, y ni su autor ni sus discípulos son capaces de desmentirse, ¿con qué razon representa un estado que se ordena á observar sus mas santas instrucciones y consejos, como un estado de ociosidad promovida por el clima, y que las leyes deben contrarrestar privando de los medios de subsistir á los que le profesan? Pero oigamos sus mismas palabras. « En » el Asia, dice ¹, el número de los Dervises ó sea » Monjes parece crecer en proporcion del calor del » clima. La India, donde éste es excesivo, está llena » de ellos: La misma diferencia se observa en la Eu- » ropa: Seria necesario, para vencer esta pereza del » clima, que las leyes tratasen de quitarles todos los » medios de subsistir que no pendiesen del trabajo; » pero en la parte meridional de la Europa sucede todo » lo contrario. Se dan á los que quieren vivir ociosos » lugares y terrenos los mas á propósito á la vida con- » templativa, y se les asignan además riquezas inmen- » sas. » Hé aquí las declamaciones eternas de los in- » crédulos y de algunos semisabios entre nosotros. Montesquieu tiene entre ellos el mérito de haber reducido la sátira á las leyes del cálculo. Pero veamos cuán oportunamente. Si en su dictámen son holgazanes y ociosos todos los que no viven del trabajo de sus manos, á quienes por consiguiente, como á gente inútil deben las leyes quitar todos los medios de subsistir, diremos tal vez que son ociosos los Monjes y Regulares ²; ¿pero cuántos otros deberian acompañarlos, de

ciudades y aldeas que por no tener pan mueren de hambre? Tendremos ocasión de manifestar por testimonio de los mismos Ingleses cuánto perdió con perder los Monjes y los monasterios.

¹ Montesquieu, *loco citato*.

² Decimos tal vez, porque no lo fueron tanto cuando desmonta-

quienes Montesquieu no querrá decir que sean inútiles, antes sí utilísimos y dignos por sus importantes servicios de subsistencia? — Mas qué, ¿se podrá mostrar que efectivamente prestan, y hayan prestado á la sociedad los Monjes semejantes servicios? — Si tratamos de seguir el sistema de Epicuro que no admite Religion ni eternidad, diremos tal vez que no; y así que los Monasterios y las Iglesias, como los Sacerdotes y Regulares, deberian con razon extinguirse como genté ociosa y gravámen inútil de la tierra. Pero si, como hemos demostrado, la Religion de Jesucristo es verdadera, entonces, aun sin el trabajo de manos, deben los Monjes colocarse entre los que han sido mas útiles á la República cristiana. ¿Y quién ignora que admitidos los Monjes á la parte del ministerio, sin que obste la pereza natural del clima, ni el habitar en el mediodia de la Europa ó del Asia, han producido con el culto que tributan dia y noche al Altísimo á nombre de todo el pueblo, con el ejercicio de la predicacion, con las luces de la doctrina, con los oficios continuos de caridad notabilísimas ventajas á la Religion, á los Príncipes y á los pueblos? Si no tuviesen otro mérito que el de haber confundido en todos tiempos de palabra y por escrito á los enemigos de la verdad, como lo han hecho y lo están haciendo (que este ha sido y es el primer motivo de la aversion de los impíos), no se podian considerar en la sociedad como miembros inútiles y ociosos. Pero sin limitarnos á la Religion y al Santuario, ¿de cuántos servicios importantes, como reflexiona justamente un autor que no es monje ¹, les es

ron los terrenos incultos; entraron en cultivo los desiertos, y de áridos eriales hicieron países fecundísimos. ¿A quién se debe el laboreo y poblacion de los grandes bosques de la Europa? Y si con sus manos los cultivaron, y de inútiles é infecundos los hicieron productivos, luchando para eso con la aspereza del terreno y con las fieras, de que antes estaban cubiertos, ¿porqué se les ha de privar de unas cosas que adquirieron á costa de tantos trabajos? ¿Tienen los seglares sus posesiones con mejor título? Y que, ¿se ha soñado nunca privarles de ellas porque no van á labrarlas por sus manos?

¹ *Las Cartas persianas convencidas de impiedad*, por el Abate Gauthier. * Y nótese que el Abate Gauthier no era un fanático, ni

deudora la Sociedad y la República? Tales son entre otros, « haber conservado las ciencias y salvado de las » manos de los bárbaros, que devastaban el Imperio Ro- » mano tantos antiguos monumentos latinos y griegos » que hoy subsisten. ¿En qué estado se hallarian las » letras, continúa, sin las fatigas de los Monjes, sin su » aplicacion en multiplicar los manuscritos para poner- » los á salvo de la injuria de los tiempos? ¿Y no son los » Monjes á los que debemos lo que nos queda de la » Historia acerca del estado de la Europa por el discurso » de setecientos ú ochocientos años? Si estas historias se » resienten de la barbarie de su siglo, no por eso son » menos preciosas. Sin ellas seríamos extranjeros en » nuestro propio país. Apenas podríamos decir de qué » modo ó porqué lo habitamos. Y en el siglo anterior, y » en el presente, ¿han degenerado los Monjes en este » punto? ¿Cuántas literarias fatigas no se han visto salir » de las congregaciones de San Mauro y de Vannes sobre » los mismos objetos ¹? » Hasta aquí este autor, cuyas

el mas amigo de la Iglesia romana; pues son varias las producciones suyas contra la Bula *Unigenitus*. Pero tal es la fuerza de la verdad.

1 Pues que el mundo no se paga ya de literatura sagrada y eclesiástica, no recordaremos que desde el establecimiento de la vida monástica se vieron salir de los desiertos del Oriente los Basilio, Gregorios Naciancenos, Efrenes y Teodoretos: que los monasterios de Occidente vieron criarse y vivir en sus claustros los Jerónimos, Agustinos, los Gregorios Magnos, los Leandros, Isidoros, y Fulgencios, y cien mil otros que con sus doctas obras declararon el verdadero sentido de las Escrituras, conservaron el depósito de la Tradicion, refutaron las herejías. Que en la edad media á ellos se debe la conservacion de todos los monumentos de la antigüedad eclesiástica: las colecciones de Cánones, los mejores Martirologios, etc. Que la mayor parte de las escuelas entonces estaban en los monasterios, y las mismas cátedras eran servidas por los Monjes. Diremos si con Fleury, testigo de excepcion, que allí se guardaban libros de muchos siglos, y se escribian otros nuevos..... y sin sus bibliotecas careceríamos de este tesoro..... que los Alejandro, los Césares, los Homeros y los Virgilio nos serian desconocidos si no hubiera sido por estos solitarios, que ni aun pusieron su nombre en aquellas obras que salvaron del olvido. Diremos mas, que el monje (Gerberto) fué el que hizo el primer reloj de ruedas que se conoce: Guido Are-

reflexiones podríamos extender fácil y copiosísimamente sin salir de los límites de la verdad y de la modestia.

III. *Frutos que lograra el mundo si los territorios y bienes de los monjes se cediesen á los incrédulos.*

A pesar de todo esto, al autor del *Espíritu de las leyes*, y á sus admiradores, parecerán aun los regulares ociosos, é insistirán por lo mismo en que las leyes debian privarlos de la subsistencia, como personas inútiles. Enhorabuena: apártese á los regulares de sus mencionadas ocupaciones, condéneseles á la hazada y al arado, y aplíquense los territorios que se les habian concedido en el mediodia de la Europa, con las inmensas riquezas añejas á ellos, á los nuevos reformadores del género humano: Reúnanse allí los prosélitos y comentadores de Bayle á desenvolver sus grandes volúmenes: el Marques de Argens con sus *Cartas Judias y Filosofia del buen sentido*; Rousseau con su *Emilio y Heloisa*; Helvecio con el libro de *L'Esprit*; Voltaire con sus *Cartas, Fragmentos, Poemas y Romances*; y con ellos todos esos falsos *políticos y economistas* llenos de un nuevo espíritu de leyes, y declamadores perpetuos contra el estado regular y contra la Iglesia. Reúnanse todos ellos con Hobbes, Espinosa, Tolando, y otros cínicos con sus impías producciones. ¡Estos sí que serán útiles á la socie-

tino, tambien monje, inventó las *notas musicales*: el Franciscano Rogerio Bacon los *espejos ustorios*: otro la *pólvora*: el dominico Espina los *anteojos*, etc., y así otros varios. Diremos en fin que la primera *Poliélota* fué obra del inmortal Cisneros; y que si Cristobal Colon descubrió el Nuevo mundo, un misionero dominico fué el primero que anunció su existencia, y otro religioso tambien el que alentó á la Reina doña Isabel para la verificacion de esta empresa, etc., etc., etc.; ¿Qué no pudiéramos añadir de sus méritos en la historia de sus respectivas naciones, y de las ciencias que se llaman exactas? A qué detenernos en enumeraciones individuales: éntrese en una biblioteca, y despues de examinada véase si la mayor parte de las obras no son fruto de las vigiliias de Eclesiásticos y Regulares.

dad, y harán con sus sudores feliz á todo el género humano, y de contado los más importantes servicios ¹! Ellos enseñarán á los hombres que la Religion es una invencion de los príncipes para subyugar y esclavizar á los pueblos; que el derecho consiste en la fuerza; y cada uno, si puede impunemente echar mano á cuanto alcancen sus ojos, no debe perder la ocasion de realizarlo; que todo marido puede mudar de mujer cada año; que el pudor de las mujeres es una opinion; el juramento una voz insignificante; que ó no hay Dios, ó no cuida de nuestras cosas; en fin, que todo se acaba con la vida. ¡Qué siglo de oro no se verá nacer entonces el Universo, cuando en todo él se propaguen tan sublimes y utilísimos descubrimientos, como estos filósofos nos han enseñado con tanto estudio y elegancia! ¡Qué tranquilos descansarán en sus tronos los reyes! ¡Qué paz no reinará en las familias! ¡Qué union tan amigable sostendrá la sociedad! Dénselos las *riquezas inmensas y el oro del Potosí*, en que nadan (como se explica el verídico autor de las *Cartas judías*), los conventos y las iglesias; que los que con tan industriosas fatigas veeñen la *pereza del clima* y son tan útiles al mundo, son puntualmente los que merecen tantos bienes. Ellos sabrán convertir en mejores usos esas riquezas que en manos de los eclesiásticos están como *amortizadas y paralíticas*, sin que sirvan de utilidad alguna para el Estado. De sus manos pasarán en obsequioso tributo á las de las cómi-

1 Dígalo la revolucion francesa, hija de sus obras, y obra de sus manos y de sus discípulos. ¡qué feliz no será un Estado donde se erija en máxima *ahorcar al último de los Reyes con las tripas del último Sacerdote!* ¡donde se aspire por una *espada* que moviéndose *horizontalmente siegue las cabezas de los que sobresalgan á los demás!* ¡donde se crea inútil la cuchilla de un verdugo que *no pueda cortar al día mas que cuatrocientas ó quinientas cabezas!* ¡donde en las plazas públicas se asen los hombres y mujeres vivos, y se les obligue á unos antes de arder á comer la carne asada de los otros (*plaza Delfina de París!*)! ¡donde se talen los campos, se quemén los templos y derriben los altares, se estimule con premios la prostitucion, y la naturaleza tenga por su sumo sacerdote á un Robespierre! etc., etc., etc. Véanse en el t. 1 las pág. 135, 153, 240, 283, 343, 352 y 358.

cas y bailarinas, objeto digno de su culto y de los altares, como Voltaire llamó á una de ellas ¹. Ellos las expendrán en fiestas y diversiones, y en el excesivo lujo, cuya inocencia pretendió probar el autor de las *Piezas volantes* por la utilidad que de él resulta á los Estados. Las consagrarán á la intemperancia; á sostener una banca, y otros juegos y entretenimientos: de todo lo cual se ha visto ya la apología en un famoso libro destinado á probar prácticamente el gran principio, de que la corrupcion de los hombres es la que ha formado y sostiene las sociedades; lo que se indica hasta en el mismo título de la obra, á saber: *La fábula de las abejas*, ó sea: *El bien que redundá al público de la corrupcion de los particulares* ². Figúrome que los lectores sensatos se horrorizarán de tanta impudencia y de tan monstruosos excesos: sin embargo, estos son los dogmas y la moral de esos nuevos Catones, que con mas furor declaman contra las iglesias y sus ministros; y estos los libros en que aprenden algunos jóvenes las doctrinas que esparcen en sus tertulias, y el hastío con que miran al Santuario.

IV. Desvanécense otras nuevas acusaciones de los Naturalistas contra el estado Religioso.

No negamos habrá habido en otro tiempo, y si se quiere tambien en este, defectos y cosas dignas de reprehension en algunos Ministros del Santuario y aun en los claustros; ¿pero esto deberá ser motivo para reprobar el Ministerio, el Monacato, y mucho menos la Religion ³?

1 *Epitafio de Madam Lecouvreur*. * Esta era la famosa cómica enterrada á la orilla del Sena, que con espanto nombraba Voltaire á la hora de su muerte.

2 Se atribuye comunmente esta obra á Mandeville, médico holandés, que murió en Lóndres el 1733. * Su conducta era semejante á sus obras, y era de esperar que un vicioso impudente hiciese la apología del vicio. Véase el t. 1 de la *Bibl.* pág. 283 y sig.

3 Si porqué se hallen defectos en algunos individuos se hubieran de abrogar las clases, estados y profesiones, ¿qué estado, qué clase, qué profesión subsistiría? Dígase ya que el matrimonio es malo, porque hay esposos adúlteros: acábase el comercio; porque hay

Lo que únicamente prueba, es que los profesores son hombres, y les es comun con todas las condiciones y estados, desde el primero hasta el último, la natural fragilidad¹ que se ha dejado y dejará siempre ver en todos los descendientes del primer Padre. Por lo demás la Iglesia ha velado incesantemente para cortar cualquiera desórden, y publicado al efecto leyes llenas de equidad y de sabiduría; y los Príncipes católicos, protectores de sus cánones, han prestado su brazo en su apoyo para arrancar los abusos y reformar² las Órdenes religiosas, si habian decaído de su primitivo espíritu. Mas ni la Iglesia ni los Príncipes han tenido ni tendrán necesidad para tales providencias de las luces de unas personas, que animadas de la envidia ó de la incredulidad, bajo el pretexto de censurar los verdaderos ó falsos desórdenes de los Ministros y de los Monjes, hacen el tiro á la Religion, y por reflexion á los Tronos mismos de los Soberanos. Es cierto que hay en la Iglesia católica Órdenes religiosos destinados principalmente á la meditacion de las verdades eternas, y al ejercicio perenne del culto, sin emplearse en literarias fatigas, ó en el ministerio de la divina palabra, ú en otras obras de utilidad exterior de los prójimos. Mas para vituperar estos asilos de la piedad, como receptáculos de ociosos, es necesario contradécir al Evangelio; y para privarlos, como pretenden y desean estos *filantrópicos* declamadores, de los bienes con que los fundadores los dotaron, violar todas

quebras fraudulentas: no haya médicos, porque muchas veces léjos de curar abrevían la vida de los enfermos; ni aun se estudie por reglas la arquitecatura, porque á pesar de ellas se arruinan los edificios.

¹ Aunque con la notabilísima diferencia de hallar esta en las Religiones innumerables contrapesos que la sostienen, é infinitos auxilios y gracias, de que carecen los que no están en los claustros; y falta tambien de infinitas ocasiones, que son en las que el hombre naturalmente se ve mas expuesto. Véase en el *Catecismo de Feller*, núm. 524, pág. 136.

² No los Príncipes, sino la Iglesia, que implora, si lo juzga conveniente, su auxilio. Su derecho de protección no es mas que el de auxiliares; si se metiesen á legisladores, serian opresores y tiranos de ella.

las leyes de la justicia. Ellos, y lo mismo todos los Ministros y las Iglesias, poseen bajo el auspicio y garantia de las leyes y de los Príncipes, sus bienes, á lo menos con tanto derecho¹, como cualquiera otro particular posee los suyos; y el uso que ordinariamente hacen de ellos, es seguramente tal, que ni la Sociedad, y menos los pobres, tienen motivo de quejarse.

Mas el autor de las *Cartas persianas*², y otros tambien con él, no por eso se aquietan; y tomando de nuevo la balanza del cálculo, pretenden demostrar la inferioridad infinita de los países católicos comparados sobre este punto con los de los protestantes. En su dictámen los primeros deben, á causa de los Ministros y de los Monjes, estar menos poblados, y por consiguiente menos cultivadas en ellos las artes, menos floreciente el comercio, y ser menos las riquezas públicas y privadas. De donde infieren es una obligacion de los que velan por el bien del pueblo exterminar estas clases; así como en efecto lo hizo (dice el mismo autor en el *Espíritu de las leyes*) *Henrique VIII, quien queriendo reformar la Iglesia en Inglaterra, extinguió los Monjes, gentes por sí ociosas, y que fomentan tambien en otros países la ociosidad*³. ¡ Consejo digno de tales políticos! Lo seguro es que los Príncipes católicos, los cuales consideran á la Religion como la base mas firme de sus Tronos, y á la Fe como la mas preciosa joya de su corona, no tienen necesidad de tales advertencias; ni los atentados de Enrique VIII les servirán jamás de norma para sus resoluciones. « Si no hubiese mas vida que esta, reflexiona » óptimamente el impugnador de las *Cartas persianas*⁴, » yo no sabria ciertamente resolver si la Religion hacia » ó no ventajas á la causa de los Protestantes sobre los » católicos. Pero como hay otra vida, resueltamente digo » que la Religion da á los católicos una ventaja infinita » sobre los protestantes. » Mas aun cuando no queramos considerar las cosas sino á lo humano, y puramente como políticos, si se aplican los cálculos abstractos á los

¹ Véase á Fleury, *Discurso 4 sobre la Historia, y la nota de la pág. 222.*

² Carta 103. — 3 Lib. 23, cap. 29. — 4 Pág. 86.

hechos, y se comparan reino con reino, y mucho mejor las provincias antes católicas y despues protestantes, seria muy difícil el probar haya resultado esa ventaja infinita que blasonan de la destruccion de los Monasterios y de los Monjes. Si la Francia, en donde todavía hay Clero y Órdenes regulares¹ está ó no poblada, lo han demostrado bien las guerras que ha sostenido en este siglo, las colonias enviadas á las Indias, y tantos Franceses como se hallan por todos los ángulos de la Europa. Si es rico allí el Real Erario, se puede conocer tambien por los efectos; si florecen las artes, lo saben las otras naciones, que ansiosas de sus manufacturas, tienen con ella un comercio ordinariamente *pasivo*; y envian á porfia su oro para comprar nuevas modas. Mas yo temeria envilecer la majestad de la causa que tratamos, apoyándola en estas políticas consideraciones. Mas por cuanto Montesquieu, que vivia entre Católicos, nos representa la grande empresa de Enrique VIII en haber destruido en Inglaterra la *clase ociosa de los Regulares*, no desagrada al lector oír cómo pensaba y escribia de estos y de su destruccion en el siglo pasado uno de los mas ilustres letrados ingleses y protestantes, á saber, el caballero Marsan en el largo *Préfacio* al *Monasticon anglicano*, donde recogió las fundaciones auténticas; donaciones y demás escrituras de los Monasterios destruidos y de las iglesias de aquel reino. El pasaje es largo, pero como sirve para ilustrar varios de los puntos tratados en este capitulo, y delinear el carácter de ciertas personas con quienes hemos disputado, yo no temo por eso referirlo. «Así como » nuestros piadosos mayores², Reyes y Magnates, y otros » construyendo Templos, fundando Monasterios, dotándolos, enriqueciéndolos y honrándolos con inmunidades,

¹ Cuando el autor escribia podia en verdad decirlo así. ¡Cuánta otra se vió aquella nacion de resultas de su revolucion espantosa! Hoy va poblándose de nuevo, y son ya varias las congregaciones de Religiosos y aun de Religiosos. Han conocido por una triste experiencia que son un baluarte de la fe, y sostien de los tronos por la fidelidad que promueven. ¡Ojalá que su actual Ministro de Negocios Eclesiásticos les diese toda la amplitud que era de esperar de un Obispo!

² Tom. 4 del *Monasticon anglicanum*.

» fueron magníficos hasta lo sumo, y merecen por lo » tanto ser honrados para siempre; así los Monjes no dejaron por su parte de merecer sus respectivos elogios » habiendo dejado registrados con piadosa diligencia y » sabia gratitud en sus escritos los beneficios recibidos, » con lo que se hicieron beneméritos de sus mismos » bienhechores.... En otro tiempo el Monacato hacia la » máxima porcion de los eclesiásticos; y las paredes de » los Monasterios fueron por mucho tiempo el asilo de la » santidad y de la mas escogida literatura. De aquel seminario salieron las resplandecientes luces del mundo » cristiano, un Beda, un Alcuino, un Willebrordo, un Bonifacio, y otros dignos de todo elogio por su doctrina » y por haber propagado la Fe. Sin los Monjes, hablaríamos en realidad; seríamos aun niños en la historia de » nuestra patria. Ya hace mucho tiempo que llegó á nuestros Monasterios su último día; y no quedan mas vestigios de la piedad de nuestros abuelos, que paredes que » se están cayendo y ruinas lamentables. Hoy agrada una » Religion mas simple¹, y se abraza aquel dicho de A. Gellio: *Religentem esse oportet, Religiosum nefas*. Vemos » ya ¡y demasiadamente lo vemos! templos amplísimos » y admirables edificios dedicados en otro tiempo al » eterno Dios (no hay ya cosa mas mezquina que eso), » con el especioso pretesto de desarraigar la supersticion » contaminados con una vil infamia, y condenados á » ruina eterna. Véanse los pesebres de los caballos al rededor de los altares de Jesucristo, y las reliquias de los » mártires han sido desenterradas, dispersas y vilipendiadas (Hieron., *ad Heliodor*). El delirio de algunos ha » llegado al extremo de decir que los Órdenes religiosos » de nuestros antepasados habian nacido del pozo del abismo (*Apoc.*, ix, 2). Tanto puede el desenfreno » de las pasiones. Ni acaso faltarán en esta edad algunos » séres miserables, que temieran donde no hay que te-

¹ Con el mismo espíritu pedía uno de los revolucionarios franceses una *Religion que solo tuviese un par de dogmas*. Con el mismo Junot, al invadir el Portugal, clamaba debia descargarse la *Religion católica de las supersticiones que la degradaban*. Con el mismo tambien nuestros reformadores ni querian Órdenes religiosos, ni prácticas, ni aparato en el culto, etc.

» mer, y convirtiéndolo todo en veneno, reprobarán y
 » juzgarán no sólo que deben desterrarse de las bibliote-
 » tecas, sino condenarse á las llamas todos estos monu-
 » mentos que damos á la luz, como inútiles, vanos é im-
 » propios de esta edad y de las ideas de nuestros tiem-
 » pos. Tal es la severidad y la arrogancia de las nuevas
 » opiniones, »

Y todas las demás son sombras suyas.

Odys., K, v. 495.

Hasta aquí el caballero Marsam, literato protestante é inglés. Pero concluyamos ya este dilatado capítulo, y convengamos en que las sátiras de los naturalistas contra la historia, moral, ritos, ministros sagrados, regulares, y la disciplina toda de la Religión cristiana, examinadas en sí mismas, no son mas que imposturas y sofismas. Que no solamente no destruyen, sino que ni aun ligeramente tocan las ineluctables razones con que se demuestra el divino origen de la misma Religión. Luego el método de hablar y escribir de los incrédulos en esta gran causa, nada demuestra sino un delirio y ciego desvanecimiento.

CAPÍTULO VIII.

De los Incrédulos pirrónicos.

- I. *El Pirronismo es el último extravío del entendimiento humano. Uso que hacen de él los incrédulos y libertinos, Pirrónicos antiguos y modernos.*

Hemos visto hasta aquí los diversos caminos que han tomado los incrédulos y libertinos de nuestros días para hacer la guerra á la Religión, y descubierto con claridad en el vario modo de sus impugnaciones un carácter de imbecilidad siempre uniforme. Pasemos ahora á demostrar esto mismo, y con mayor evidencia en el fraudulento medio de que usan algunos de ellos para escudarse,

defenderse y sostenerse impertubables contra todo ataque de parte de los católicos. Este es el *Pirronismo*, ó sea profesion abierta de dudar de todo. La suma *dificultad de comprender* y entender las cosas, ó sea la *incomprensibilidad* natural de ellas, el engaño y *falacia de los sentidos*, y la *debilidad del entendimiento* humano, son la triple línea con que circundan sus reales, el triple muro que ciñe este su baluarte, donde encastillados se hacen inaccesibles á todos los tiros del raciocinio, contentándose con responder friamente á todos cuantos se les oponen, que no hay un *critério* seguro para discernir lo verdadero de lo falso, lo justo de lo injusto, lo torpe de lo honesto: y así que por mas evidentes que parezcan nuestras demostraciones, acaso serán puramente falacias, sombras y vanísimos sueños. Ya de antiguo estuvo válido este arte de raciocinar contrario á todo arte y destructivo de todo raciocinio en la república de los filósofos: A la vanidad de los sofistas que pretendían saberlo todo y querían decidir de todo, opuso en los principios la modesta reserva de algunos sabios, sus dudas é investigaciones y la dificultad en decidir sobre la naturaleza de las cosas. Mas bien pronto este proceder razonable degeneró en un extremo opuesto. A los sofistas que profesaban saberlo todo, y que por eso se llamaban *dogmáticos*, y aun á todos los que en cualquiera facultad manifestaban su sentir, se opusieron otros sofistas que profesaban que nada se sabía, y se denominaron por eso ya *Escépticos*, es decir, *consideradores*, ya *Acatalépticos*, ó que *nada comprendian*, y ya finalmente *Pirrónicos*, del nombre del que despues de Arcesilas, dejándose de todo lo que pudiera decirse *verdadero y verosímil*, negó toda distinción, ó al menos toda señal de discernimiento entre lo verdadero y lo falso, honesto y torpe, y formó el empeño de desterrar del mundo la certeza y por consiguiente toda ciencia. Sistema extravagante y loco, si es que puede llamarse *sistema* la destrucción de la razón humana: sin embargo, en el siglo xvi volvió á salir de las tinieblas con los escritos de Montagne, de que ya en otra parte hemos hablado ¹, de los cuales, dejando á un lado

¹ Anteriormente, cap. 1 y 4.